

El ejército y la revolución

León Trotsky

20 de septiembre de 1917

(Versión al castellano desde “L’armée et la révolution”, en *L’année 1917*, François Maspero, París, 1976, páginas 69-80; también para las notas. Publicado en *Proletarii*, nº 7, 20 de septiembre de 1917)

Desde los primeros días de la revolución se desarrolla la misma lucha a propósito de la guerra y la paz: una lucha entre la democracia de los obreros y campesinos, que ha adquirido forma desde abajo, y la república imperialista, que las clases poseedoras intenta construir desde arriba.

Los ilustres generales se han dado prisa en “reconocer” a la república (al menos por el momento), esperando firmemente que la república reconociera, e incluso extendiera, el campo de su generalato eliminando a los *fainéants*¹ del archiduque. La revolución “nacional” significaba para ellos una revolución de palacio que depuso a Nicolás y su Alix pero que mantenía integralmente la disciplina de clase y la jerarquía militar. Algunos días antes, el telégrafo había informado de que el “líder” griego Venizelos había proclamado a Grecia como “república coronada por un rey”. Los Brusilov, Guchoy, Rodzianko y Miliukov querían, por el contrario, conservar en Rusia la monarquía sin el zar. Pero la evolución se produjo por otras vías más profundas. El levantamiento de marzo de los regimientos de Petrogrado no fue el fruto de una conspiración: provino de un movimiento generalizado de revuelta en todo el ejército y las masas populares en general. Y el levantamiento de los obreros y soldados estaba no solamente dirigido contra un zarismo decadente, incompetente, incapaz de llevar adelante una guerra que él mismo había provocado, sino, también, contra la misma guerra. La ruptura radical que produjo la revolución en el ánimo y conducta de los soldados amenazaba no solamente los objetivos directamente imperialistas de la guerra sino, también, a los mismos instrumentos de esos objetivos, es decir al viejo ejército, construido sobre la teoría de las órdenes dadas desde arriba y la ciega obediencia en las filas.

Hoy en día los generales, coroneles, políticos y chupatintas, vociferan y echan pestes sobre la Orden nº 1². Desde su punto de vista, la orden no era el resultado de una agitación que se extendía por todo el ejército sino que, por el contrario, esa agitación venía provocada por la orden. Todavía ayer los soldados obedecían las órdenes, hoy en día ya no lo hacen: ¿no es evidente que se han sometido a algún nuevo “orden”, consignado en los libros como el “Nº 1”? Esta necedad de estado mayor se produce en

¹ Holgazán, vago.

² Fechada el 14 de marzo de 1917 y emitida por el sóviet de Petrogrado, la Orden nº 1 emplazaba a todos los regimientos de la ciudad bajo el control de los sóviets. Preveía la elección de representantes de los comités y sóviets, abolía el saludo militar fuera de servicio y preconizaba la obediencia a las órdenes del comité provisional de la Duma solamente si éstas no entraban en contradicción con las del sóviet.

el presente en los círculos burgueses más amplios desde el punto de vista objetivo e histórico.

La pretendida desintegración del ejército encuentra su expresión en la desobediencia de los soldados a sus superiores y en su rechazo a reconocer esta guerra como su guerra. Precisamente bajo esas circunstancias, Kerensky lanzó a la cara del ejército que despertaba su expresión “esclavos amotinados”. Si la burguesía creía que era suficiente con reemplazar a los Sujomlinov por los Guchkov para uncir de nuevo al ejército al carro del imperialismo, Kerensky pensaba, con su espíritu superficial y su fatuidad de filisteo, que era suficiente con revocar a Guchkov para volver a hacer del ejército el instrumento dócil del gobierno. ¡Verdaderas ilusiones estas!

Desde el punto de vista de la psicología de las masas, la revolución es una aplicación de los criterios racionales a la herencia de instituciones y tradiciones. Todo el cortejo de pruebas, sufrimientos y humillaciones que la guerra le aportaba al pueblo, y más particularmente al ejército, estaba coronado y sancionado por la voluntad del zar. Si en Petrogrado el zar mismo había sido depuesto, ¿qué podía impedirles a los soldados sacudirse la autocracia de esos oficiales que habían sido los defensores más celosos y más viles del zarismo en su conjunto? ¿Por qué los soldados no se iban a plantear la cuestión del sentido y objetivos de la guerra puesto que el mismo hombre del que anteriormente dependía la cuestión de la paz había sido depuesto?

A principios de abril los sóviets de delegados obreros y soldados se dirigieron a los pueblos de Europa en un manifiesto³ en el que los llamaban a la lucha por una paz democrática. Era la “Orden nº 1” en el plano de la política internacional. En el momento en que el manifiesto aparecía como una respuesta a este interrogante candente e inevitable: “¿Continuaremos luchando y, si es que sí, por qué?”, los imperialistas hacían creer que, sin el manifiesto, la cuestión jamás habría alcanzado el espíritu de los soldados que habían despertado con la tormenta de la revolución.

Miliukov preveía que la revolución suscitaría en el ejército el espíritu crítico y de independencia, y que, en consecuencia, la revolución era una amenaza para los objetivos imperialistas de la guerra. Por ello se mostró en la cuarta Duma abiertamente hostil a la revolución. Y cuando ahora Miliukov vitupera contra la “orden”, contra el manifiesto y contra la conferencia socialista de Zimmerwald⁴, diciendo que todo eso ha envenenado al ejército, dice una mentira, al menos en lo que a él concierne. Miliukov sabe perfectamente que el principal “veneno” no se oculta en las “ordenes” del sóviet, que son como mínimo demasiado moderadas, sino en la revolución misma que le ha ofrecido a los sufrimientos de las masas un medio de expresión bajo forma de protesta, exigencias y abiertas pruebas de fuerza.

El proceso de reconstrucción interna del ejército y la orientación política de las masas de soldados ha estallado en una violenta catástrofe en el frente. La causa última de esta catástrofe radica en la contradicción entre la política imperialista, que utilizaba al Gobierno Provisional como instrumento, y el ardiente deseo de las masas de una paz inmediata y “justa”. Una nueva disciplina y un verdadero entusiasmo en el ejército sólo pueden desarrollarse a partir de la misma revolución, a partir de una solución valerosa de los problemas internos y de una resuelta lucha contra los obstáculos externos. Si el

³ El 27 de marzo de 1917, el sóviet de Petrogrado adoptó un manifiesto, *A los pueblos del mundo entero*, que llamaba a finalizar la guerra (sin caracterizarla, sin embargo, como un conflicto imperialista).

⁴ La conferencia de los socialistas europeos que se oponían a la guerra se celebró del 5 al 8 de septiembre de 1915 en Zimmerwald, Suiza. Publicó un manifiesto y eligió a un comité socialista internacional. [Ver en estas EIS: *Conclusiones (a la publicación en Nache Slovo del Manifiesto de Zimmerwald)* y *Proyecto de manifiesto para la Conferencia de Kienthal*, *Manifiesto de Zimmerwald* en *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista* páginas 34-36; o directamente en el *MIA Manifiesto de Zimmerwald*. EIS]

pueblo y el ejército hubiesen tenido el sentimiento y la convicción de que la revolución era su revolución, que el gobierno era su gobierno, que nada lo detendría en la defensa de sus intereses contra los explotadores, que no perseguiría ningún objetivo exterior de conquista y opresión, que no se inclinaría ante los financieros “aliados”, que ofrecería abiertamente a las naciones una paz inmediata sobre bases democráticas, entonces las masas trabajadoras y su ejército, bajo esas condiciones, estarían animadas por una indisoluble unidad y, si la revolución alemana llegase a tiempo para ayudarnos, el ejército ruso se batiría contra los Hohenzollern con el mismo entusiasmo del que daban pruebas los trabajadores rusos defendiendo las conquistas del movimiento popular ante los ataques de la contrarrevolución.

Los imperialistas temían esta orientación como a la peste, y tenían razón. La mezquina política de la pequeña burguesía no creía más en este método de lo que el pequeño comerciante creía en la posibilidad de la expropiación de los bancos. Renunciando a todas las “utopías”, es decir a la prosecución de la revolución, los S.R. y mencheviques han continuado exactamente la misma doble política ruinosa que debía llevar a la catástrofe.

Al soldado se le decía, y era verdad, que esta guerra era, por ambas partes, una guerra imperialista, que el gobierno ruso estaba atado por acuerdos financieros, diplomáticos y militares opuestos a los intereses de todos los pueblos; después se añadía: “Pero por el momento continua luchando sobre la base de los antiguos tratados, hombro con hombro con los antiguos aliados”. Pero cuando el soldado se dirige al fuego, “por el momento” se enfrenta con la muerte. Marchar hacia ese supremo sacrificio sólo le es posible al soldado colmado por el entusiasmo colectivo. Pero sólo teniendo una fe absoluta en la justicia de su causa se le puede llevar a ese estado de ánimo. La revolución ha destruido la concepción de la “carne de cañón sagrada” que no reflexionaba. Ningún Kornilov, ningún Kaledin, puede revertir el curso de la historia y restaurar, ni que sea temporalmente, la disciplina del verdugo sin una feroz represión, es decir sin un prolongado periodo de caos sangriento. Únicamente ofreciéndole nuevos objetivos, nuevos métodos y una nueva organización, se puede mantener al ejército en condiciones de eficacia en tiempos de guerra. Era necesario sacar todas las consecuencias de la revolución. El régimen ambiguo e indeciso que el Gobierno Provisional, secundado por los S.R. y mencheviques, había preparado para el ejército llevaba en sí mismo el germen de una segura catástrofe. El ejército se había transformado de acuerdo con determinados criterios, se le había ofrecido la posibilidad de crítica abierta. Entonces se le fijaron nuevos objetivos, que manifiestamente no resistirían la prueba de su crítica revolucionaria, y en nombre de esos objetivos se le exigió al ejército agotado, hambriento y descalzo como estaba, que suministrase esfuerzos sobrehumanos. ¿Se pueden albergar dudas sobre el resultado, si, además, se hace memoria de que determinados generales del estado mayor trabajaban conscientemente para una derrota de Rusia?

Pero el Gobierno Provisional se embriagaba a sí mismo con grandilocuencia y frases vacías. *Messieurs les ministres*⁵ consideraban a las masas de soldados, que se encontraban en estado de profunda fermentación, como el material bruto del que se podía sacar todo lo que fuese necesario para beneficio de los imperialistas que han bloqueado a nuestro desventurado y devastado país. Kerensky suplicó a los soldados, los amenazó, se arrodillo ante ellos, pero no ofreció ni una sola respuesta a uno solo de sus problemas reales. Engañándose a sí mismo con elocuencia barata, se aseguró por adelantado el apoyo del congreso de los sóviets, en el que reinaba una democracia

⁵ [Señores ministros]. En francés en el original.

pequeñoburguesa puntillosa, a pesar de su “vigilancia”, y ordenó una ofensiva. Ésta fue, en el sentido adecuado del término, la “Orden nº 1” de la contrarrevolución rusa.

El 17 de junio, nosotros, los internacionalistas, nos posicionamos abiertamente en el congreso de los sóviets⁶ sobre la ofensiva que se preparaba; al mismo tiempo que la criticábamos en el fondo y en sus principios, señalamos que en el estado actual del ejército la ofensiva era una aventura militar que amenazaba, incluso, la existencia del mismo ejército. Lo que vino después ha mostrado que éramos demasiado clarividentes. El gobierno ni había tenido en cuenta nada ni había previsto nada. El partido gubernamental de los S.R. y mencheviques no supo hacer otra cosa más que anegarnos con denuncias, en lugar de aprovecharse de nuestras sugerencias.

Naturalmente, como los bolcheviques habían predicho el desastre, se cargó la falta... sobre los hombros de los bolcheviques. Tras la tragedia provocada por la ignorancia y la irresponsabilidad se perfiló la cobardía en toda su miseria. Ninguno de los responsables de nuestra suerte tuvo tarea más urgente que la de encontrar un chivo expiatorio sobre el que hacer recaer la falta. Los discursos y artículos semioficiales del actual periodo son imperecederos monumentos a la bajeza humana.

Por supuesto, la caza a los bolcheviques todavía puede, por un momento, mezclar las cartas en el ánimo del pueblo. Pero no puede eliminar ni atenuar de ninguna manera la cuestión de la responsabilidad del gobierno. Sean o no culpables los bolcheviques ¿cómo es posible que el gobierno no haya previsto nada? Parece no tener la más mínima comprensión del ejército que él mismo envía al combate. Sin preguntarse ni por un momento si el ejército era capaz de comenzar una ofensiva, se le ordenó avanzar. Y quienes estaban a la cabeza del gobierno no eran los bolcheviques. Fuesen los que fuesen los hechos en lo concerniente a éstos, todo el peso de la responsabilidad de la aventura trágica que ha sido la ofensiva recae sobre los hombros del gobierno de Kerensky, Tsereteli y Chernov.

Esta responsabilidad viene agravada por el hecho que las advertencias no provinieron solamente del campo de los internacionalistas. El diario imperialista *Novoye Vremia*, que mantiene estrechas relaciones con el estado mayor reaccionario, el 5 de agosto hacía las siguientes consideraciones sobre los preparativos de la ofensiva: “*El prudente Alexeyev, porque no quería entregar a una masacre a las fuerzas mal preparadas, porque no quería arriesgar por beneficios problemáticos ganancias ya adquiridas, fue reemplazado. La ilusión del éxito, el deseo de una paz rápida que los jefes de Petrogrado le impondrían a Alemania, llevaron a Brusilov a la cresta de la ola que rápidamente lo sumergió en cuanto las olas se precipitaron.*”

Estas elocuentes líneas explican y confirman las confusas consideraciones de *Riech* en el momento de la partida de Alexeyev sobre la despedida de ese “estratega vigilante” y su reemplazo por el “caballero” que no sabe qué es la reflexión. Imponiendo una ofensiva, los cadetes se escaparon a tiempo de la acusación de tener una política o una estrategia “de caballeros”, y se prepararon para salir ruidosamente del ministerio del 15 de julio. Y, en sus murmuraciones confidenciales a los oídos de la “democracia revolucionaria”, los ministros “socialistas” explicaban que el cambio de jefe militar, que era el resultado de hecho de la apuesta de la ofensiva, significaba la sustitución del “monárquico” Alexeyev por el “demócrata” Brusilov. ¡Así es como se hace la historia!

Tras haber “entregado a la masacre a fuerzas no preparadas” (por usar la expresión de *Novoye Vremia*) y haber chocado con las terribles consecuencias de esta

⁶ El Primer Congreso Panruso de los Sóviets de Delegados Obreros y Soldados se reunió en Petrogrado del 16 de junio al 17 de julio. Los bolcheviques estaban en minoría y no lograron que el congreso se decidiese a oponerse al Gobierno Provisional y transferir el poder a los sóviets.

gesta, ya no le quedaba al gobierno otra opción más que confiarle a Dan, Lieber y al resto de gentileshombres patriotas, la tarea de emprender un pogromo sistemático contra los bolcheviques. Esta es una parte de ese mismo “trabajo constructivo” para la defensa nacional que está muy adaptada a las medidas de los “líderes” arriba mencionados. En su esfuerzo para distanciarse de todos los chillones burgueses, los Dan y los Lieber despotricaron contra los “demagogos” que extienden entre las “masas ignorantes de los soldados” consignas como “publicación de los tratados secretos”⁷, “ruptura completa con los imperialistas”, etc. “Es verdad, confirman con menosprecio los chillones burgueses, pero eso también se aplica a la Orden n° 1 y al manifiesto de abril, que habéis hecho circular de manera demagógica entre las masas ignorantes de los soldados”. Y cuando los Dan y los Lieber, secándose el frío sudor que les resbala por la frente, hacen todos los esfuerzos para recordar los más elementales principios del pensamiento revolucionario a fin de justificar sus pecados de juventud, descubren con horror que no tienen otra cosa que hacer más que repetir nuestras palabras. Y aquí está el punto decisivo, pues nuestras consignas no contienen otra cosa más que las consecuencias necesarias del desarrollo de la revolución, de la que tanto la Orden n° 1 como el manifiesto de abril marcan la primera etapa.

Pero lo más notable en todo este asunto es que, a primera vista, los ministros “socialistas”, a pesar de los escalofriantes resultados de la ofensiva, continúan anotándose en su haber y, en sus conferencias con la burguesía, refiriéndose a la ofensiva como su gran contribución patriótica.

“Os pregunto, ha espetado Tsereteli en la conferencia de Moscú, ¿quién habría sido más capaz de hacer avanzar a los ejércitos de la Rusia revolucionaria: el ministro de la guerra Guhov o el ministro de la guerra Kerensky?” (*Bravos y aplausos*)

Tsereteli se vanagloria abiertamente, pues, del hecho que Kerensky haga exactamente el trabajo que Guhov debería de haber hecho pero que se demostró estar por encima de sus fuerzas porque no podía beneficiarse del prestigio de la democracia “revolucionaria”. Y la burguesía, a pesar de la catástrofe provocada por la ofensiva, reconoce de buen grado los servicios prestados por Kerensky.

En la conferencia de Moscú, el cadete Nobokov ha declarado que “sabemos bien, y nos acordaremos de ello, que el gran impulso de entusiasmo que se ha apoderado del ejército desde hace dos meses, y que en estos terribles días ha añadido una gloriosa página a nuestra historia, fue inspirado por el hombre que se encuentra ahora a la cabeza del Gobierno Provisional. La historia no olvidará los servicios que hasta el momento ha prestado.”

En consecuencia, está completamente claro que la “gloriosa página” que fue la ofensiva del 1 de julio no tiene absolutamente ninguna relación con la defensa nacional pues la eficacia militar de Rusia, a consecuencia de la ofensiva, simplemente se ha degradado. Si la burguesía habla, a pesar de todo, de la ofensiva en términos laudatorios lo hace por la simple razón que el golpe severo infringido a nuestro ejército por la política de Kerensky ha creado las condiciones propicias para la extensión del pánico y para los planes contrarrevolucionarios. Todo el poder de la democracia S.R. y menchevique estaba consagrado a imponer la ofensiva, y esta ofensiva ha barrido completamente a ese régimen de contradicciones y de quiebra que los líderes filisteos se han empeñado en sostener con toda su engañosa ingenuidad.

La burguesía y sus generales consideran ahora la ofensiva y la cuestión de la paz bajo el ángulo de su política interna, es decir del progreso de la contrarrevolución. El general Kornilov lo ha explicado muy claramente en la conferencia de Moscú. “No

⁷ Ver en estas EIS: *¡Por la paz! ¡Abajo la diplomacia secreta!*

podemos alcanzar la paz actualmente [ha dicho] aunque sólo sea porque no estamos en condiciones de llevar a buen puerto la desmovilización. En primer lugar es necesario volver a poner en pie el prestigio de los oficiales.” En el ejército estaba concentrada demasiada gente armada *por* el gobierno, y que tenía *hacia* el gobierno exigencias demasiado radicales. Únicamente la prosecución de la guerra, sin tener en cuenta las posibilidades de éxito, ofrecería la posibilidad de “volver a poner en pie el prestigio de los oficiales”, de recuperar el control sobre las masas de soldados y asegurar una desmovilización que impidiese a los soldados amenazar los pilares de la propiedad y al gobierno imperialista. Y si para alcanzar ese objetivo se demostrase necesaria una paz por separado, la burguesía concluiría, sin rechistar, una paz de ese género.

Desde el 1 de julio, la contrarrevolución avanza a grandes pasos, con una absoluta seguridad. Y no se detendrá hasta que no reciba un golpe severo.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es